

---

CHUCHI BÓRQUEZ

## 18 de Septiembre

*Ojeada retrospectiva*

¡CARAMBA que ha estado bueno  
el aniversario *godo!*  
(Digo *godo* pues este año  
al revés ha andado todo) ...  
¡Qué alegría, qué entusiasmo,  
qué complacencia, qué gozo,  
si parecía que el pueblo  
estaba muerto... de tonto...  
Tanta ha sido la bullanga  
que semejaba un mortuorio  
la ciudad, cosa que a nadie  
le causó el menor asombro,  
pues fuera de nuestros *Cívicos*,  
los *Hípicos* y *Canónigos*  
ningún chileno ha tenido  
por qué causar alboroto...  
*En los días de la patria*,  
decía cierto periódico,  
*es preciso entusiasmarse*  
*al son del cañón y el bombo...*  
Pero predicó en desierto  
pues mientras duró el *Dieciocho*  
calma y hielo ha sido todo,  
pero un hielo horripilante  
más que el de julio y agosto  
frío de ánimo y de cuerpo  
congelador, estertórico...  
Nadie se ha afligido empero  
pues sabe que es pegajoso  
el mal de la *indiferencia*;  
y desde que lleva el tono,  
quiero decir el pandero  
de la República un *Topo*,  
gobierna la hacienda un *Vizco*  
rige la justicia un *Sordo*  
y es, para mayor escándalo,  
Ministro de Guerra un *Teólogo*;  
el pueblo todo lo aguanta  
y nada le causa asombro,  
pues que ya se ha convencido  
que por error de un tipógrafo  
cuando se dijo: "Gobierno  
de todos y para todos".  
Debió decirse "Gobierno  
de *tontos* y para *tontos*...  
pero aquestas son cuestiones  
que deben discutir otros

y no yo, que me he propuesto  
hablar sólo del *Dieciocho*...  
Pero ¿qué podrá decirse  
cuando no hubo nada?... Estorbos  
a modo de arcos triunfales  
desteñidos y rotosos.  
En la Plaza y la Alameda  
se vieron, con unos rótulos  
tan grandemente ridículos  
que atacaban el estómago...  
Luego el Tricolor chileno  
ondeando al aire medroso  
se miraba en todas partes  
como el sarcasmo más gordo...  
el Diecisiete a *Su Exencia*  
costipadillo encontrólo  
y así es que en todo ese día  
*Su Exencia* no mostró el rostro,  
cosa que a nadie hizo falta  
pues no es de los más hermosos...  
En la noche *luminarias*  
se encendieron y hasta el colmo  
llegó el entusiasmo viendo  
el letrero escandaloso  
de la *Reforma en la paz*  
que es de hacer saltar a un tronco...  
Hubo fiesta en el Teatro  
y aunque cantaron en tono  
harto subido los líricos  
durmió el público afanoso.  
Y así pasó el Diecisiete  
frío, aburridor y tonto...

Nublado el sol de vergüenza  
no pudo verse el *Dieciocho*,  
(por más que cierto *Cronista*  
lo encontró muy relumbroso,  
que acaso recibió en *soles*  
y no en *pesos* su socorro)...  
Y el sol cumplió un deber  
porque el sol no es nada zonzo  
y no quiso desmentir  
su pasado harto glorioso...  
Aburridos de esperarlo  
en la plaza nuestros rotos,  
el himno marcial de Chile,  
con música de Responso

entonaron las alumnas  
del conservatorio y sordos  
impasibles, como mármoles  
parecieron estar todos,  
pues no escuchóse un aplauso  
ni el menor grito patriótico...  
¡Oh sorprendentes efectos  
del Gobierno de los topos!...  
¡Pero la Misa de Gracias.  
Fue otra cosa... Los Canónigos  
don Joaquín, los sacristanes,  
las beatas y el son del órgano  
daban aquel espectáculo  
un aspecto tan grandioso  
que hasta Chepita la Loca  
allí estuvo en traje cómico...  
Siguió luego el *Besa Manos*,  
o el *Despabila bizcochos*,  
y recibió el Presidente  
homenajes y piropos  
de los *cívicos de cuatro*,  
de Miguel Luis y de Gollo,  
y de cuantos se entusiasman  
con... los sueldos del Tesoro...

-----  
Llegó por fin la parada  
del Diecinueve ¡y qué hermoso  
era ver los Ñuñoinos  
frescotes, fogosos, gordos  
de uniforme y con estribos  
sobre corceles briosos!  
tampoco los Miguelinos,  
con sus morreones de *a folio*,  
marchaban menos gallardos  
aunque enseñando los codos...  
los Buines bajo las órdenes  
del gran general Borgoño  
precedían la columna  
de cívicos pundonorosos,  
y el estruendo de las músicas,  
las bayonetas, el ronco  
son los tacos, las anchas  
banderas y el belicoso  
aparato de ese día  
dejaron ciego y atónito  
a un Cronista amigo mío  
que viendo en el cuadrilongo  
tantos hombres de casaca

echó a correr como un bobo...  
Formada estaba la línea  
cuando de repente airoso  
con el sombrero apuntado,  
la banda sobre el estómago  
con más facha que un Bolívar  
aparece el siempre heroico  
don José Joaquín de Pérez,  
cual aparece el radioso  
astro del día que ahuyenta  
las nubes de cielo atónico...  
¡Ah! si mirara su aspecto  
el bravo ejército godo  
echara a correr... de risa  
viendo un Quijote tan mono...  
cabalgaba un rocinante  
y lo circundaban todos  
los magnates argolludos  
y algunos tan relumbrosos  
Generales, que el Cronista  
antes citados, tomólos  
por astros del cielo mismo,<sup>1</sup>  
no sé si por *Capricornios*...  
Cansados de hacer disparos  
y gastar pólvora, exóticos  
brindis echaron los cívicos,  
pero los echaron solos  
que a nadie han entusiasmado  
las funciones del *Dieciocho*...

-----  
Hay, sin embargo, quien dice  
que el espíritu patriótico  
se ha manifestado este año  
más ardiente que en los otros:  
puede que esto sea cierto  
pues los que hacen monopolio  
de empleos y de piltrafas  
puede que por ambiciosos  
hayan monopolizado  
el entusiasmo y el gozo,  
que nadie absolutamente  
ha encontrado en el *Dieciocho*

Yungay, septiembre 21.

*El Charivari*  
Santiago, martes 24 de septiembre de 1867

<sup>1</sup>Véase la *República*, del 21 de septiembre del mismo año.

## Las fiestas del 18

¡Ah, las fiestas de septiembre! ¡las fiestas  
de septiembre! ¡gloria eterna a los inventores  
de las alegres celebraciones!

¿Qué cosa son las fiestas de septiembre?  
Un poeta diría: la conmemoración de los

gigantes acontecimientos de la época más  
gloriosa de la existencia nacional.

Un patriota viejo: el dulce recuerdo de  
mi brillante juventud militar.

Un ministro: el paréntesis en que nos

refugiamos por una semana contra los chubascos de la minoría legislativa.

Un rojo: la mayor de las ironías ante las humillaciones de que nos ha cubierto la presente guerra.

Una modista: mi gran pascua.

Un hacendado: el momento de lucir mi padrón de brazos.

Un papá: mi perspectiva de bancarrota.

Un municipal: el campo de exhibición de mis hermosos cartones.

Los cocheros: la San Bartolomé de los bolsillos.

Los diaristas: nuestro único domingo.

La compañía de gas: el gran alcance de la mina.

Los empresarios de teatros: el lleno en un día, del déficit de un año.

Los hoteleros: la recolección por mayor del diezmo de Santa Teresa.

Un oficial cívico: el espejo de mi garbo personal y el martirio de mis conocimientos militares.

El presidente: mi canonización en héroe por fuerza, pasando bajo arcos triunfales.

Cada cual, según se ve, define lo que significa el 18 a su manera.

Por su parte *La Linterna*, piensa que las fiestas de septiembre no son sino el *Palacio de la exposición universal* de todas las fantasías, vanidades y presunciones que son susceptibles de caber bajo la elástica capa de un patriotismo inmenso.

Pero basta de definiciones y echémonos ya a recorrer esta intrincada babilonia de banderas, músicas, carruajes, cabalgatas, teatros, iluminaciones, banquetes, fuegos artificiales, arcos de triunfo, paradas militares, misa de gracias, distribuciones de premios, bailes populares, volantines, carreras, y tutti quanti, la inagotable facundia oficial ha inventado este año para poner un poco de calor y animación bajo el hielo glacial del espíritu público.

El 16 abrí mi campaña asistiendo a la distribución de premios a los *niños públicos*. ¡Qué fiesta aquella! Mi amigo Diego el de las Historias, presidía el acto con toda la gravedad de un abate Molina. El primer chiquillo que dio un brinco a recibir su diploma fue Federico, a quien el ilustre rector colgó del cuello un *monitorcito* escogido de entre la factura de preciosos juguetes que trajo Benjamín de Estados Unidos. Federico había rendido un examen magnífico en *estudios navales y conocimientos de marina militar*: el guapo muchacho merecía el premio. A este siguió

Alejandro, otro prodigio en la ciencia de los números, cuyo asombroso talento para resolver todas las cuestiones aritméticas *por reglas de falsa posición*, ha dejado tan lelo de admiración al congreso de profesores, que se teme con fundamento no vuelvan de su pasmo cerebral en toda la vida. Alejandro, y en seguida Alvarito, Guillermo y otro centenar de niños mimados de la ciencia, recibieron sus turcos y polichinelas con tales cabriolas de alborozo, que no dejaron de incomodar un poco al quisquilloso maestro Victorino y al grave representante de S. M. Británica que hacían parte del concurso. Sólo el pobre Joaquín anduvo un poco desgraciado, pues fue preciso hacerle entender públicamente que *no había premio para los porros*, y el infeliz se retiró corrido del desaire.

El 17 concurrí por la noche al baile patriótico de la Alameda, y observando que aquello era más bien un mortuorio que una parranda, empuñé la guitarra, y al compás de una linda zamacueca titulada *la guerra defensiva* o *la carabina de Ambrosio*, compuesta por la servidora que suscribe y tamboreada por el *Charivari*, tuve el buen rato de ver sus habilidades de pata en quincha al garboso Joaquín y a la maja Chavelita. ¡Sopla! y era de ver cómo le arremetía ella por bombardearle el alma, y cómo se defendía el picarón haciéndole quites con el pañuelo y con las airosas piernas! ¡Qué hurras y qué bravos! Era aquello una tempestad de aplausos, a punto que, subiendo a la repetición el entusiasmo, Mariano 1º se metió en danza a hacer *aro* con un vaso de ponche en alto, mientras Mariano 2º medio soñoliento le bailaba a la Chavela por detrás. Dicen que el Padre Ugarte se levantó escandalizado de los *ataques* de la bizarra manola y de las *defensas* del excelentísimo palomo.

Un síncope presidencial de pereza, me impidió el 18 tomar parte en el coro de salutación al sol; y a fe que no lo siento, porque me parece que ese día el padre de la luz, según las observaciones eclípticas del sabio Cappeletti, debió asomar por los cielos con cara de godo sacándonos la lengua. En desquite, más tarde recorrí la galería de pinturas de oficiales cívicos formados con los batallones en la plaza; dí una vuelta por la catedral, donde entendí que se daba gracias a Dios, porque el bombardeo no alcanzó a la Moneda, y en seguida me fui a beber una copa a palacio, a la inmortalidad del ilustre Joaquín, que fundó la

República, hace apenas seis años, y sin cuyo genio inventivo, los chilenos no habrían sospechado que hasta entonces vivían y comían bajo el régimen de las monarquías bárbaras. Mi brindis hizo temblar el edificio al estampido de los palmoteos, y las cornizas empezaron a desgajarse de entusiasmo cuando hice estallar una bomba pidiendo que se concediese privilegio exclusivo al insigne inventor de la República, para gobernarla por otro par de quinquenios. Joaquín me abrazó con efusión, los diputados de la mayoría lloraron de dulce emoción, pero Federico me miró de reojo, y comprendí que no era partidario de los privilegios absolutos. —¿Si habré caído en la desgracia de Júpiter, me dije, y perderé hasta la esperanza del ser algún día intendente de Santiago?— Al caer la noche fui a consolarme de mi mal humor, con el espectáculo de los *arbolitos*. El pueblo había tomado de su cuenta a doña Chavela, al amigo O'Donell, al César Bartolo y al gran mono imperial del Brasil, y los mandaba a los infiernos entre la tronadera de millares de cohetas.

El 19 mandé a todos mis lacayos vestir de gran librea, poner media docena de mis coches de parada, limpiar los blasones, y me encaminé a la Pampa; pero al pasar junto al cortejo presidencial haciendo un risueño saludo, S. E. tuvo la amabilidad de hacerme una seña con la oreja para que tomara a su lado el puesto de ayudante mayor. Acepté la honra, cedí mis carruajes blasonados a otros tantos amigos de la *nobleza pobre*, y me encabalgué muy gallardamente a la izquierda de mi grande y buen amigo, ni más ni menos que si fuera un ministro sin cartera. ¡Oh, qué día soberano! El gentío de la Alameda era inmenso; las músicas, el paso redoblado de los batallones, las banderas, los arcos de triunfo, me aturdían, me embriagaban, me transportaban a las regiones de los héroes. S. E. sonreía, yo sonreía, todos sonreíamos de felicidad. Al cruzar bajo los arcos de cartón de la Municipalidad, a paso de vencedor, yo me decía: ¡si seremos unos héroes, y no lo habíamos adivinado hasta este momento! Así llegamos al llano, donde una inmensidad de pueblo bullicioso y de tropas que evolucionaban en todas direcciones, nos preparaban el espectáculo más grandioso —Joaquín trotaba pensativo y hondamente preocu-

pado. ¿En qué piensa V. E.? me atreví a decirle. Hombre, me respondió, pienso en que sólo por una gran chiripa he podido venir a encontrarme al frente de este gran pueblo: me veo en la presidencia y no lo creo; ¡me palpo la banda y aún lo dudo! ¿Adivinas tú, ciudadano *Linterna* por qué raro capricho de la suerte me encuentro en estas alturas? —Ni V. E. ni yo lo sabemos, le respondí. Es un problema que pienso someterlo a Barainca para que me lo resuelva, agregé S. E.: luego calló, y continuó largo tiempo embebido en sus meditaciones como si tratara de explicarse este fenómeno.

El 20 fui a gozar de las carreras inglesas. ¡Buena patarata! Esos afamados caballos de raza de los gringos, han perdido toda su fama desde que salieron a lucirse en las vegas del Paraguay los escuadrones brasileros. Pongan ustedes un par de soldados de López, al frente de un regimiento de los monos de don Pedro 2º y echéñles diez galgos; no les alcanzarán ni el polvo. —Es una injusticia adjudicar la medalla al *Duende*, ni al *Relámpago*, ni al *Emigrante*. ¡Qué se corrija, qué se corrija!

El 21 y 22 pasé algunos momentos alegres viendo hacer pruebas de equilibrio en la maroma gubernativa al amigo Joaquín, con los tres pecados capitales de los ministerios, trepados sobre sus hombros. Hubo instantes de aflicción en que el pobre hombre perdía el aplomo, particularmente cuando unos cuantos pilluelos de la prensa se empeñaban en resbalar los estribos y cortar la cuerda. El resultado es que terminó el espectáculo sin más contratiempo que el de algunos sustos. Yo respiré.

A otro lado un enjambre de muchachos trepaban en el palo encebado. En su extremo superior se había colocado por premio el *poder legislativo*. Jineteando penosamente llegaban hasta la mitad, Guillermo, Pedro León, Custodio y Victorino; pero, ¡ay! las fuerzas les faltaban, y resbalaban como jabones hacia el suelo. Manuel Antonio, más valiente, casi tocaba al premio a fuerza de echar puñaditos de tierra: yo me puse de un brinco sobre la rodela para tenderle la mano; ¡nada! también se desplomó. El suelo estaba sembrado de aporreados, entre los cuales divisé a *condorito* y a los diputados por Linares. Entre tanto, los que ganaron la altura fueron Mi-

guel Luis, Javier Luis. Brillante escándalo Luis, y una gran mayoría de Luises que, más diestros en la maroma, supieron *gastear* por las cuerdas, el premio apetecido.

Nada os he dicho del teatro porque no tuve el placer de asistir: el empresario ha-

bía vendido todas las localidades por todas las funciones que se darán hasta el 18 de septiembre de 1868, únicos días en que puede salir del abarrote.

*La Linterna del Diablo*, 26 de septiembre de 1867.